

FRANCISCO HERAS

Biólogo ambiental, coordinador del Área de Educación y Cooperación del CENEAM

EN COMÚN: LA PARTICIPACIÓN RURAL EN EL SIGLO XXI

La participación no es un invento reciente y menos aún en el mundo rural. Los pueblos que hoy admiramos por la belleza de su arquitectura tradicional y sus rincones acogedores tomaron forma, muchas veces, en un tiempo sin arquitectos ni planificadores urbanos, gracias a la suma de las aportaciones de sus habitantes. Quizá eso explique su admirable adaptación a las necesidades de su tiempo o la originalidad de cada espacio.

De hecho, la participación ha sido definida como el “método de diseño más antiguo de la historia”. Un proceso que permite a las personas tomar parte en las cuestiones de interés colectivo, aportando la propia creatividad, puntos de vista, conocimientos y recursos y compartiendo la responsabilidad de la toma de decisiones.

Vivimos en un mundo complejo y cambiante, en el que técnicos y expertos tienen un papel importante. Pero, aún en estos nuevos escenarios, la participación sigue siendo imprescindible. Porque permite hacer mejores diagnósticos, producir soluciones mejor adaptadas al territorio y a las necesidades de la gente y acometer los proyectos con más apoyo y legitimidad.

El tesoro de la participación son las personas que participan: gente con intereses diversos, con distintas sensi-

bilidades y conocimientos, con sus propias capacidades y recursos. Personas y colectivos que, en ocasiones, cuentan con una valiosa información de primera mano que no siempre se encuentra en los informes técnicos.

Ninguna organización ni disciplina posee, en exclusiva, las claves para un desarrollo rural sostenible. La participación nos permite reconocer nuevas perspectivas, acceder a otros conocimientos. En este sentido, el diálogo entre participantes y la creatividad grupal son ingredientes esenciales de un buen proceso participativo. Eso hace posible transfor-

Francisco Heras Hernández es biólogo ambiental por la Universidad Autónoma de Madrid (1985). Ha desarrollado su actividad profesional en el Servicio de Educación del Ayuntamiento de Madrid (1987-1989), el Departamento de Ecología de la Universidad Autónoma de Madrid (1990-1991), el Comité Español del Programa Hombre y Biosfera (1992) y el Centro Nacional de Educación Ambiental (CENEAM) (desde 1993). En la actualidad coordina el Área de Educación y Cooperación de este centro que pertenece al organismo autónomo Parques Nacionales, del Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente (MAGRAMA).. Autor de numerosos libros y artículos sobre educación, comunicación y participación ambiental, es además miembro de la Comisión de Educación y Comunicación de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN), desde 1997.

Francisco Heras en el Centro Nacional de Educación Ambiental (CENEAM), en Valsain (Segovia).





Vista aérea de las instalaciones del Centro Nacional de Educación Ambiental (CENEAM), en Valsain (Segovia).

mar nuestras ideas iniciales por otras nuevas. Precisamente ahí radica uno de los valores esenciales de la participación: su capacidad para generar aprendizaje personal y social.

Pero, para que la participación se materialice, no basta con deseárselo. Los procesos participativos son procesos organizados; requieren personas o grupos que asuman una tarea dinamizadora, que vayan aportando los ingredientes necesarios para que el proceso de reflexión y diálogo social avance. En definitiva, es necesario contar con recursos y también con el esfuerzo de todos los actores clave.

Aunque los derechos legales en materia de participación sobre medio ambiente y sostenibilidad se han ampliado, el valor de la participación para producir mejores decisiones públicas aún no es suficientemente apreciado. A veces, la participación se considera como un trámite inevitable, un obstáculo a superar, más que como una oportunidad para tomar decisiones mejores y socialmente más apoyadas. En otras ocasiones, los procesos participativos son reducidos a meros ejercicios de agregación de intereses, en vez de ser concebidos como oportunidades para el diálogo y el aprendizaje mutuo.

También es frecuente que la participación sea percibida como un riesgo: se teme que pueda desencadenar conflictos o un deterioro del ambiente social. Sin embargo, un buen proceso participativo suele hacer explícitos conflictos de intereses ya existentes, pero pocas veces los genera donde no los hay. En realidad, al permitir que personas y grupos con perspectivas diversas puedan apor-

tar sus puntos de vista para que sean considerados, la participación hace posible integrar más intereses y visiones en las decisiones públicas. Por contra, las decisiones que se toman sin valorar los intereses de todos pueden crear sensaciones de agravio, vencedores y vencidos.

Es cierto que la participación no garantiza que, al final, todo el mundo vaya a estar de acuerdo con las deci-

siones tomadas. Pero quienes se implican activamente en un proceso participativo acaban, al menos, entendiendo la complejidad que a menudo se esconde detrás de las decisiones colectivas, las limitaciones (económicas, ecológicas, legales...) que se plantean y los efectos secundarios que deben ser considerados a la hora de valorar las opciones propuestas. De esta forma, los procesos participativos nos permiten entender mejor las decisiones, aunque no nos satisfagan plenamente. Y aportan mayor legitimidad. Porque, en una sociedad democrática, cada vez más personas aceptan el sentido de una decisión que no les favorece si entienden que esta ha sido tomada de manera abierta y transparente.

La participación hace posible integrar más intereses y visiones. Sin ella se pueden crear sensaciones de agravio, vencedores y vencidos.

Muchos creen que el medio rural español va por detrás del urbano en materia de innovación social. Lo cierto es que, en materia de participación para la sostenibilidad, se están desarrollando experiencias de gran valor inspirador: diálogos entre saberes tradicionales y conocimientos científicos orientados a una gestión sostenible del territorio; mecanismos de gestión paritaria de recursos naturales entre administración y usuarios; acuerdos de custodia del territorio entre propietarios, administraciones y organizaciones sociales... Además, en los últimos años, se están probando nuevas técnicas y métodos que buscan canalizar el conocimiento colectivo y la creatividad social: mapeos participativos, reuniones de priorización, talleres de futuro, espacios abiertos... empiezan a ser utilizados con naturalidad y efectividad en procesos de planificación y gestión pública.

Afortunadamente, la relación de iniciativas que amplían el horizonte participativo en el medio rural aumenta día a día. La práctica no está exenta de dificultades: los buenos procesos participativos requieren un notable esfuerzo de dinamización, saber hacer y esfuerzo compartido. Afortunadamente, el saber hacer se construye a lo largo del camino. Dicho de otra manera: son los propios procesos participativos los que van generando cultura de la participación.

El camino hacia la sostenibilidad aún no está trazado ¿Lo construimos de forma participada? **R**